

ENSAYOS

VIGENCIA DEL ENSAYO EN AMERICA LATINA

Miguel Montoya Salas

I. Contemporaneidad del ensayo en América Latina

En los últimos decenios el género del ensayo ha cobrado una fuerza vigorosa; tanto es así que en algunas ocasiones, se sobrepone al género de los cuentos en escritores de tanto oficio como Borges. Octavio Paz (1998) ha hilvanado poesía y ensayo como un solo género, mientras que Cortázar ha jugado en algunas de sus novelas con caracteres propios del ensayo. A estos afamados escritores, alquimistas exquisitos del lenguaje, se les pueden añadir - ante la desaparición de Borges (1984) y de Cortázar (1986) - Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa.

Esas interpolaciones entre ensayo y poesía, de Octavio Paz, además de su nutrido trabajo literario, le han valido el Premio Nobel de Literatura correspondiente a 1990. Así la Academia Sueca, ya haciendo aguas el *boom* de la literatura latinoamericana, sustentada por el realismo mágico y su ficción voraginante que sepultó la atroz realidad de nuestros pueblos y catapultó a los escritores de nuestro medio, se ha detenido ahora a la consideración de una tradición ensayística fecunda, donde los escritores modernos del continente esbozan vestigios latentes para proyectar el oficio de comunicar fantasías y vivencias, mediante el manejo del lenguaje, también desde el género del ensayo.

Una de las caracterizaciones de la literatura latinoamericana de todos los tiempos es la creencia en el verbo, en su fecundidad, en su fuerza: "*La palabra crea mundos, también reales*". Ya desde 1950, Cortázar, a raíz de su estudio sobre el género novelístico (trabajo publicado en la revista **Cuadernos Americanos** bajo el título de: "Situación de la novela", en el cual analizaba la obra de eximios novelistas como Flaubert, Graham Greene, Hemingway y Hammert) concluía: "*Alguna vez me he preguntado si la literatura no merece consideración como un empresa de conquista verbal de la realidad*".

La literatura narrativa es un género que se apoya en la lengua como instrumento, con el cual se puede construir y reconstruir, separar y sintetizar, esculpir nuevas formas y erigir utopías amalgamadas del cosmos: ir de la palabra a lo real. Cortázar, en efecto, escogió el género ensayístico, a pesar de su agonal **Rayuela**, para expresar y entregarnos sus reflexiones. Sin embargo, es necesario señalar que los tópicos y objetos de reflexión del acromegálico argentino, en dicho ensayo, están centrados en Europa y Estados Unidos. ¿Aires del tiempo?. América aún no hería sus entrañas y aún anidaban en

sus gustos las afecciones *"de modé"*. Pero, en su descargo, también cabe decir que nuestras letras apenas salían de su infancia dorada, después de la IIa. Guerra Mundial. Sarmiento, Rodó, Darío, Gallegos, etc., aún consumidores de positivismo, habían visto ya pasar la receptividad que sus obras despertaron en el contexto hispanoamericano. Y con todo, la literatura latinoamericana seguía respondiendo a escenas regionales y paisajistas, casi provincianas. Entretanto el género literario a nivel mundial se expandía a través de grandes empresas editoriales. Cortázar, al abordar el género de la novela, daba un salto hacia la consideración, también en estos predios, del fenómeno literario universal. Desde entonces nuestros escritores vieron abiertas las puertas de un nuevo género a ser practicado: el género del ensayo crítico literario: las formas, el simbolismo, el estilo, lo histórico, el psicologismo.

Rozando esa tradición que iniciara Cortázar, nos proponemos la consideración del ensayo, como género literario, que ha sido elaborado en los últimos veinte años en América Latina.

El ensayo es un género bien diferente de la novelística, evidentemente; separado aún más de la poesía. Incurso en prosa. Indagar en las nuevas cajas fuertes de la literatura latinoamericana, haciendo paradas obligantes en el ensayo como género, constituye el objeto de las siguientes reflexiones. El ensayo, se me ocurre pensar, se origina (como palabra de comprensión común y previa) de una imprecisa analogía con la ciencia experimental positivista reciente, pero cuyas raíces lejanas están emparentadas con aquellos intentos precientíficos de la modernidad, teñidos de ignorancia y libertad incondicionadas, y que tiene su máxima expresión en la alquimia medieval. Pruebas, pruebas y más pruebas; intentos fallidos por apresar leyes, por obtener mutaciones; escarceos, boce-

tos; ideas lanzadas al vuelo pero que no aterrizan hechas añicos ni flotan en el aire imponiendo pareceres. El ensayo es considerado como un *género de la provisionalidad*. Ortega y Gasset, en sus **Meditaciones del Quijote**, sostiene que el ensayo es como una especie de ciencia con pruebas inconclusas; ciencia donde no caben definiciones precisas o aristas demasiado congruentes. Ni aún esos escarceos, ensayos y pretensiones del Positivismo del siglo XIX, sirvieron para asentar en el ámbito latinoamericano el espíritu científico que logró imponer en otras geografías.

Esta libertad de contenido y de estilo que caracteriza al ensayo, pudo, por ende, anclar con más fuerza entre nosotros. La prédica del positivismo en América se da en los desgarrados y patéticos llamados para que la civilización “cunda” entre nosotros y sea sometida la barbarie del medio. La ciencia y la tecnología son consideradas como la panacea para nuestro *continente enfermo*.

Sarmiento, Mitre, Ingenieros, Gallegos, Orrego, Vasconcelos, Alfonso Reyes, etc., constituyen una pléyade de hombres infestos por el prurito cientificista; ellos abogan, junto a Ernst, Lisandro Alvarado, Julio César Salas, Vallenilla Lanz y Zumeta en Venezuela, para que nuestros estudios y nuestra organización social se estructuren en base al modelo positivista. Sin embargo, estos caldos de cultivo y sus exigentes y rigurosas pruebas científicas no pudieron montar tienda entre nosotros. La ciencia sigue siendo producto de importación y espúrea entre los latinoamericanos; hemos tenido noticias de ella pero realmente no nos ha interesado en demasía. Si la modernidad supuestamente, viene aparejada con el desarrollo de la ciencia y la tecnología, nuestras sociedades, al hacer caso omiso de ellas, se mantienen aún en las postrimerías del siglo pasado. En el género literario, Rodó con su **Ariel** mostró que nuestra idiosincrasia de latinos nos emparentaba más con el arte, con lo

no instaurado, lo no preciso; en contra de la acerada y fría actitud sajona que predispone para lo riguroso y para el orden; Calibán, exponía Rodó, no debía tener cabida en nuestro espíritu. El ensayo literario es una composición en prosa, discursiva y artística, rica en anécdotas y descripciones. Su lectura es tan amena que en una "sentada" se puede consumir íntegramente su contenido; su longitud no necesariamente predica de él una profundidad más que modesta. El ensayo puede abarcar la realidad toda, al igual que la fantasía; ningún tema le es ajeno, pero siempre se mantiene el estilo personal de quien lo cultiva. No existe academia para el ensayo; el, de por sí, está profundamente marcado por el subjetivismo del autor; está más cerca de una reflexión personal en voz alta, de una epístola, que de un tratado. Sus normas no son rígidas como para que no puedan ser transgredidas.

Estos esbozos, esta demarcación a duras penas ensayada, acerca del género en cuestión, nos permitirían incluir dentro de él hasta las cartas de Cristóbal Colón, "repletas de fantasías y mentiras complacientes"; sus mismos "Diarios de Viaje" esgrimirían ya, con un probado sabor histórico, la aparición de nuestro continente mágico y salvaje, mítico y tropical, ante el mundo occidental. Esos documentos colombinos constituyen nuestra partida de nacimiento; ellos marcan desde entonces el estilo de la literatura agreste y diversa a que da lugar la descripción del entorno americano y sus hechos. Esas cartas y esos diarios son las primeras muestras de América ante el lenguaje europeo. De allí en adelante, la América española fue capaz de expresarse sobre cualquier tema; a tientas: política, sociología, religión, historia y, últimamente, literatura. Una muy larga lista comprende a nuestros ensayistas de renombre: Bernal Díaz del Castillo, Fray Bernardino de Sahagún, Sarmiento, Rodó, Bolívar, Miranda, Bello, Simón Rodríguez, Martínez Estrada; en nuestros días sería imposible no citar a Mariano Picón Salas, Briceño Iragorry y Uslar Pietri.

El ensayo siempre ha gozado de buena salud en nuestro medio. Nuestros procesos más vitales y que alientan la historia de América Latina, han tenido sus inicios en irrisorios pasquines, declaraciones y hasta "partes de guerra" que han sido escritos con el estilo libre y retórico propio del ensayo. Véanse los enunciados de nuestras constituciones al albor de la independencia: Bolívar, Mariño, Iturbe, Montúfar, Martí, Roscio, Zea, Isnardy, etc. Desde el ensayo es posible predicar ideologías, estimular movimientos renovadores, inclusive penetrar otros géneros literarios. Rodó, Darío y Martí se inician y son reconocidos primero como ensayistas y, luego, como poetas, novelistas o políticos. El Modernismo, por ejemplo, se inicia con **Los raros** de Rubén Darío y no en su poesía.

Sin embargo, a pesar de la enorme facilidad que posee el ensayo para insertarse en el mundo de la literatura, hace ya tiempo que la novela se ha impuesto. Y no es de extrañar que esto sea así. El género novelístico es mucho más rentable y catapulta a la fama - cuando el oficio es bien desempeñado - con mayor rapidez que los otros géneros literarios. Sin embargo, hoy, a fines de siglo y de milenio, cobra vigencia una aseveración que pudiera formularse como hipótesis: pasado el boom de la novelística latinoamericana, quienes han ejercido dicho oficio en A.L. repliegan su quehacer en la reflexión ensayística. Pareciera ser un lugar común que aquellos escritores que se dieron a conocer a través de la novelística, a través de un meticuloso y esforzado trabajo del lenguaje y de los temas; alcanzados ya sus mayores logros en ese campo, encuentran sosiego y ejercicio tranquilo en el ensayo. Cuando señalamos este fenómeno, de reciente data, nos estamos refiriendo a escritores de tan arraigado oficio y fama como Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes.

Borges, con textos como **Pierre Menard, autor del Quijote y Nueva Refutación del tiempo** y Octavio Paz quien se inició con ensayos políticos y plamaciones poéticas antes de **"El Arco y la Lira"**, practicaron el género ensayístico dotándolo de nuevas vertientes y descubrieron en él insospechados recursos. Sin embargo, y estrictamente, ni en el argentino, ni en el mexicano, hasta hace unos pocos años atrás pueden incluirse "per se" en el género propiamente dicho de los ensayistas latinoamericanos. Ellos, junto a los grandes gestores de nuestra novelística reciente -José Donoso, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, García Márquez, Cortázar, etc.- se han cansado de vender novelas y cuentos en tirajes millonarios. Hoy las grandes editoriales han dado un gran viraje; ya no sólo venden novelas y cuentos sino que prueban a "*convertir en mercancía*" también los ensayos de estos afamados escritores. Mención aparte merece Uslar Pietri, quien después de ejercer este oficio de escritor de cuentos y novelas de regular importancia y de modesta envergadura, se dedicó por completo a recorrer en sus múltiples posibilidades el género ensayístico. En sentido contrario al grupo de escritores antes citados, Uslar Pietri, en su evolución como escritor, se devuelve ahora al gremio de los novelistas, y allí ha obtenido algunos lauros con su obra **La visita en el tiempo**.

Retomando el hilo anterior, decíamos que nuestros más afamados escritores, de regreso ya y, con todos los honores obtenidos en el *boom* latinoamericano de la novelística, han terminado en la playas del ensayo, desde donde hoy plasman sus sueños, sus historias, expurgan sus rencillas, proponen modelos de sociedades, reconsideran la política como oficio (Vargas Llosa) o incursionan en otras actividades (García Márquez en el cine y Octavio Paz, recientemente fallecido, en el ensayo político). Inclusive, algunos practican el oficio de críticos de la literatura clásica, en su rol de testigos privilegiados del mundo contemporáneo. Lo singular del caso es que, ahora, los

editores siempre están a la caza de sus escritos de nuevo cuño. Independientemente de la diversas temáticas abordadas, estos ensayos, esta reflexiones, algunas veces sencillas opiniones, viniendo de tan afamados interlocutores, también son susceptibles de ser convertidos en "*best.sellers*".

Y tales obras, lujosamente editadas, con derechos de autor conseguidos en el "mercado de valores", se publican a niveles internacionales mediante grandes aparatos promocionales, se comentan y se traducen a los idiomas "*trusts*" como si fueran la última panacea para el mundo moderno que las ha acogido. Un nobel de literatura latinoamericana pudiera tener garantizada una campaña electoral para cualquier cargo que aspirase, financiada por la sociedad mercantilista que, recogidos los frutos de su genuina obra personal, se atreve a promover sus ideas políticas, ecológicas o críticas -de cualquier tipo ideológico que sean-.

En este mundo de hoy, mal llamado de la "*post-modernidad*", la política ya no es negocio exclusivo de los políticos de oficio. Tal vez el ejemplo más relevante de ello sea la sociedad norteamericana, donde un actor mediocre de films "*westerns*" (Ronald Reagan) pudo asumir la dirección del Estado. En el Perú, Vargas Llosa salió "con las tablas en la cabeza" en un intento similar.

La orgía perpetua, de Vargas Llosa, y **La vuelta al día en ochenta mundos**, de Cortázar, alcanzaron también tirajes millonarios y fueron ofrecidos al mercado como "*best-sellers*", a pesar de no tener de valor sino la mera firma del autor. Estas obras constituyen ensayos supremamente libres, arbitrariamente extensos, donde nada sobra y todo cabe; la palabra no tiene necesidad de ser esculpida o seleccionada, no existe trama

urdida; simplemente el vuelo de sueños y recuerdos expresados en un lenguaje austero, sobrio y de archivo. Obras no de literatura, sino ensayos simples, plenos de anécdotas que pueden ser leídos empezando por cualquier página; no constituyen objetos de estudio, ni su lectura es obligatoria; ornamento de bibliotecas o simple utensilio para soportar interminables colas.

El ensayo sigue generándose incesantemente en nuestra geografía. Revistas, folletos, libros de recopilación, se convierten en vehículos y soportes para su difusión. El ensayo tiene lugar y busca espacio bajo cualquier pretexto: la celebración de una fecha patria, de un centenario (o quinto centenario) la aparición de un libro nuevo de un determinado autor, su traducción a otro mercado, o, simplemente, una curiosidad del escritor. Estos ensayos son efímeros, como las celebraciones mismas; ejercicios vanos de erudición y escasamente acabadas piezas de lenguaje literario. Otros ensayos se arrojan bajo un matiz de recelosa profundidad; se autodenominan “*académicos*”; éstos, por lo general, son menos vivenciales y subjetivos, surtidos de abundantes y fastidiosísimas notas bibliográficas, aderezados con un lenguaje rebuscado. Ingresan a los estantes y anaqueles de hemerotecas que nadie consulta; sus contenidos son resumidos bajo la información precaria de su título y un número de ficha.

La trashumancia obligada de nuestros escritores por Europa y Norteamérica, amen del *boom* de nuestras letras, que ya empieza a colapsar por esos ámbitos, ha hecho posible que infinidad de artículos-ensayos sean publicados por esos peregrinos en revistas de toda índole. Los escritores deben publicar o su oficio no tendría sentido. En esos escenarios, la crítica, la competencia y el contexto lingüístico van creando ciertos malos hábitos que eclosionan en estilos rebuscados y que degradan la posibilidad de acceder a formas sencillas pero más sugerentes

en el estilo narrativo. Terminologías nocivas, paráfrasis innecesarias y giros anquilosantes son el denominador común de los ensayos elaborados por latinoamericanos fuera de su hábitat. A ese estado de cosas contribuye la necesidad sospechosa e interesada de abrirse campo en un determinado mercado, signado por estructuras lingüísticas en boga, donde escribir sin adaptarse a lo "in" significa estar pasado de moda o sumergirse en el anonimato.

El afán de publicar lleva a nuestros ensayistas de periódicos y revistas a estructurar palimpsestos editoriales, donde sin la menor coherencia ni orden temático, se agrupan ensayos que ya han visto la luz pública en medios efímeros; dichos ensayos son presentados como libros de formato estándar y con títulos atractivos, propios más bien de novelas. El ansia de poseer libros en el "haber curricular" incide para que estos artilugios de mal gusto se produzcan. Afortunadamente el mercado de lectores se ocupará de asignarles el puesto que se merecen. Sólo aquellos ensayos "seleccionados", de plumas famosas, obtendrán difusión y reconocimiento: el gran cúmulo de los restantes sólo servirán para los depósitos de las bibliotecas, nunca llegarán a las manos del lector común que busca entretenimiento, información o juegos lingüísticos; de tal manera que muy bien pudieran haberse quedado en las revistas o en las páginas de opinión que originalmente habían servido de soporte para su difusión.

La calidad de un escritor, hasta ahora, se ha medido por la resonancia que ha adquirido su obra entre el público lector o editor (los editores también fabrican escritores). Esta fama procede, algunas veces, no del mero hecho de escribir, sino también de haber sido protagonista de una hazaña, de un hecho histórico; o simplemente del hecho de ser un personaje famoso en campos distintos a los de la literatura. Estos personajes, con

charreteras ajenas al oficio de escribir, a veces también tienen suerte en dicho campo.

Así, análogamente, veníamos diciendo, sucede con ensayistas que vienen de ser ampliamente reconocidos en el género de la narrativa. Miguel Angel Asturias, Sábato, Cabrera Infante, por citar algunos, nos han maravillado con sus ensayos diversos, pero, indudablemente, ya los habíamos degustado y admirado en sus obras narrativas.

II. Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Octavio Paz: Tres exponentes del ensayo contemporáneo en América latina.

En este breve *“ensayo sobre el ensayo en A:L.”*, queremos destacar algunos paradigmas de la novelística latinoamericana que recientemente, desde España -Meca editorial-, han incursionado en ese amplio abanico del pensar y de las letras. Analizaremos las siguientes obras 1) **La Verdad de las Mentiras**, de Mario Vargas Llosa, 2) **Valiente Nuevo Mundo**, de Carlos Fuentes y 3) **Pequeña crónica de grandes días y La otra Voz**, ambas obras de Octavio Paz. Antes de esbozar una especie de análisis y reflexión sobre tales obras, hacemos notar el contrasentido (coincidental?) de dichos títulos: *verdad-mentira, valiente-nuevo; pequeñas-grandes, voz-otro*. Dichos títulos más bien parecieran haber sido concebidos por los vendedores o publicistas de las editoriales respectivas. Tal es el sino del post-modernismo y del argot publicista para vender autores famosos, en base a carátulas llamativas y títulos estridentes o inusuales. Las tres obras fueron publicadas en 1990; Seix Barral le publica a Vargas Llosa y a Octavio Paz, en tanto que Mondadori y el Fondo de Cultura Económica le publica las obras a Fuentes. Dichas publicaciones navegan aún sobre las aguas más superficiales de los últimos estertores del boom latinoamericano. Madrid y México se disputan el merca-

do editorial de la región. Entonces, con respecto a España, la situación para el lector latinoamericano es bien paradójica; debemos importar los libros de nuestros propios escritores, de tal manera que las obras posiblemente escritas en nuestro medio viajan a la Península para ser editadas y, luego, hacen el viaje de regreso, ya convertidos en "*productos de consumo*" (bastantes onerosos, por cierto, para nuestros pobres bolsillos).

Estos cuatro títulos son una muestra significativa, creemos, del ensayo latinoamericano reciente: convencional, sin lenguajes ni técnicas depuradas.

1.- Vargas Llosa Mario: **La Verdad de las Mentiras**, Madrid, Seix-Barral, 1990.

Se compone esta obra de 25 artículos (ensayos) largos y sueltos y que fueron seleccionados por el autor para la edición. Críticas y comentarios, de carácter subjetivo, sobre novelas y cuentos contemporáneos constituyen los principales ingredientes; allí se consiguen consideraciones sobre las obras de Elías Canetti, John Dos Passos, Herman Hess, Williams Faulkner, Virginia Wolf, Alberto Moravia, Günter Gras y Boris Pasternak. Como escritor, Vargas Llosa concibió la idea -un tanto pedante- de elaborar un "*hit parade*", una selección personal de novelística y narrativa contemporánea que, a su juicio, es imprescindible conocer. Con el intento de mostrar una clasificación personal de autores pretendía Vargas Llosa autoerigirse en juez -no sin algunos motivos- de la literatura contemporánea. Sin embargo, la idea se plasma a raíz del interés comercial que dicha obra habría de generar, a la par que llamar la atención sobre tal esfuerzo del peruano. Para hacer justicia, es necesario señalar que quien concibió con anterioridad este proyecto fue Borges. En efecto, el argentino célebre-es-

cribiente había esbozado un proyecto comercial análogo en 1985, con la compañía Hyspamérica de Buenos Aires, el cual contemplaba la creación de una *"Biblioteca personal"*, la cual incluiría los mejores títulos universales seleccionados por Borges.

En esta última obra de Vargas Llosa, **La Verdad de la Mentiras**, encontramos que cada uno de sus ensayos configura una especie de prólogo a la obra criticada o comentada, una síntesis introductoria, un *"abstract"* escrito sin mayores lujos lingüísticos; más bien es un lenguaje casi técnico de palabras archivadas en *"computer"*.

A pesar de estas características, dichos escritos se leen con soltura, sin grandes obstáculos. Aquellos que sean consumidores o lectores *"académicos"* de la obra del peruano, podrán en estos ensayos intuir las influencias que dicho escritor ha ido sorbiendo, descubrir sus odios literarios, vislumbrar a quienes ha rendido culto en algunas de sus obras, adentrarse en el mundo de sus gustos literarios; en fin, se descubre el velo de la tradición literaria a la cual el autor de **La Guerra del Fin del Mundo** quiere adscribirse y en la cual cree habitar. Por otra parte, para aquellos que hemos seguido, a cierta distancia, el *"scursus"* literario de Llosa, notamos, sin embargo que algunos de sus autores favoritos no son tratados en este compendio; tal vez sea por eso de la *"contemporaneidad"*. Ni Tirant Lo Blanc ni alguna otra novela de caballería asoma en estos ensayos; de Faulkner registra **Santuario** mas no **Light in August**, un libro que ha estado mucho más cerca de su estilo y de su obra en general. Ha incluido la obra de Saul Bellow, **Herzog**, pero no ha incluido ni a Flaubert ni a Sartre o Albert Camus. Lo más paradójico resulta el hecho de no haber incluido escritor alguno latinoamericano o ibérico. El juez que pretende ser Vargas Llosa, lo es de la literatura europea y norteamericana mas no de sus coterráneos de habla y de sub-desarrollo.

En el papel literario de *El Nacional* (24-03-91), señala Ilans Stavanz que en esa selección vargasllosiana privó un criterio comercial. En efecto, pareciera ser que los autores fueron seleccionados por los editores, quienes le pidieron al escritor ciertos comentarios sobre tales obras; dichas obras estaban en la mira de los editores comerciantes ya que el mercado de "derechos de autor" posibilitaba la adquisición de los mismos a precios infames; de que allí que resultara rentable la reedición de esas obras. Vargas Llosa fungía como publicista.

Queremos, no obstante, hacer justicia al señalar que el "*leit motiv*", del dilatado e importante oficio literario de Vargas Llosa, también está presente en la introducción que escribe para anteceder a sus ensayos en esta obra. En esa introducción señala que el novelista (o narrador), a pesar de jugar entre la ficción y la realidad, a la cual, a veces, deforma o tergiversa, siempre introduce elementos contextuales y ambientaciones históricas en donde se mueve la trama de la narración central hilvanada por el autor. En suma, la tesis central vargasllosiana es signar al novelista como cronista y como el más auténtico historiador de su tiempo. Vargas Llosa mismo es un ejemplo acabado de tales tesis; sus obras **Historia de Kathie y el Hipopótamo**, **Historia de Mayta, Pantaleón y las Visitadoras** y **La Guerra del fin del mundo**, columnas vertebrales de su "*magna ópera*", están firmemente asentadas sobre hechos históricos que el peruano ha tenido que investigar y recrear. No sin fundamento, muchas veces se ha afirmado que la historia de nuestros países y sus realidades superan en mucho la posible ficción de nuestros escritores; tal vez el éxito de nuestros novelistas estriba en la paciencia y en el oficio de escribir con conciencia e imaginación propias tales historias, las cuales aporta y nutre la misma realidad de nuestro medio.

Para aquel lector que no viva tan abstraído de la realidad del mundo publicitario que hoy impregna todos los sectores comerciales, notará que Vargas Llosa hace uso en estas breves presentaciones (prólogos, comentarios, introducciones) de las obras que comenta, de recursos tales como el de hacer creer que está confesando cosas de su más profunda intimidad. Este era precisamente uno de los rasgos más ausentes, hasta ahora, de la literatura hispanoamericana; sobre todo después del Positivismo, el cual abogaba por la "objetividad". Los autores se sentían cohibidos de desgarrar sus almas o de mostrar sus intereses particulares. Ahora, en cambio, el subjetivismo y el realismo mágico, dada la especial visión y sensibilidad de cada autor, todo lo arroja. Así Vargas Llosa; en diez o más páginas nos brinda un cuadro semi-completo de la obra reseñada, incluye fechas, datos biográficos, el contexto donde apareció y la recepción ("*rapport*") que tuvo la misma en el propio medio y en la crítica especializada. Estos prólogos con ínfulas de ensayos son ligeros y de veloz lectura. El lenguaje es sencillo, lo que no quiere decir que sea simple o no trabajado. Se leen con soltura; no aburren, ni abruman. Quien conozca las obras comentadas por Vargas Llosa en este compendio de ensayos, las recordará o las revisará si las tiene a la mano; quien no, tal vez se sienta impelido a obtenerlas para leerlas y verificar las observaciones que formula el peruano. Es allí donde estriba el intento editorial, como empresa rentable, al solicitar a Vargas Llosa estos "comentarios"; expandir el mercado de lectores para ciertos novelista cuyos derechos de autor han sido adquiridos a "*precios ganga*" por la editorial del autor, Seix-Barral. ¡Todo sea por la cultura!

2.- Fuentes, Carlos: **Valiente Nuevo Mundo**, Madrid 1990; Fondo de la Cultura Económica (Editorial para la América Latina); Mondadori Editores (editorial para España).

Esta obra del escritor mexicano posee un subtítulo que explicita su contenido: "*Epica, utopía y mito de la novela his-*

panoamericana". El autor no es nuevo en estas lides del ensayo. *Tiempo Mexicano*, *La novela Latinoamericana* y *Cervantes o la crítica a la lectura*, son obras suyas que abonan y preceden la que ahora comentamos. La temática, pues, de esta obra nueva, por su aparición, no es nueva en su contenido. Pudiéramos afirmar, más bien, que tal contenido configura el caballito de batalla de nuestro escritor. Darnos una visión del mundo de la novelística hispanoamericana, analizada desde diversas vertientes, mera pretensión.

Esta obra surge -al igual que las de Vargas Llosa y Octavio Paz, aquí comentadas-, también de la reunión de algunos cursos dictados por Carlos Fuentes, como profesor invitado en la cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Estos "apuntes de clase" poseen un matiz educacional, informativo y aleccionador; ellos no poseen un estilo literario de cierta estética; su tono es casi épico, altisonante; esos ensayos resultan tediosos, petulantemente eruditos; laberínticos algunos, otros inextricables. Tal vez esa sea la suerte y la forma de los cursos dictados en esa cátedra inglesa, dedicada al Libertador de América. ¿Será ese el tono que gusta a los ingleses oír en nuestros retóricos, malabaristas y cuasi-magos cultores latinoamericanos de la palabra?. Si así fuese, Fuentes logra el cometido. Al lado de los estilos de Borges, Vargas Llosa o el mismo Paz, el estilo de Fuentes es anodino; en tal se convierte por la manía del mexicano en "*dotar al lenguaje de barrocos, lo cual produce engolamiento*". El público de esta obra, su mercado, necesariamente tendrá que estar constituido por académicos o conocedores profundos del quehacer novelístico y del mundo editorial; sólo así se podrá excusar la carencia absoluta de fuentes sobre infinidad de citas textuales libres, de las cuales abusa el autor.

Es, pues en el medio académico que esta obra puede tener

algún valor - no escaso por cierto -. A pesar del estilo, la obra es prolija en información y en comparaciones, acordes a la erudición de Fuentes. Cuatro temas fundamentales, como características genuinas o tendencias uniformes, considera el autor en lo que se refiere a la temática novelística en nuestro medio: la presencia del mito, la modalidad épica, el estilo barroco y la visión utópica. Este análisis se hace sobre el método estructuralista -del cual el mexicano es seguidor- y teniendo como guía la concepción historicista del filósofo italiano Giambattista Vico. *Comala* y *Macondo*, los llanos galleguianos y la pampa sarmientana, son investigados como "tópoi" de lo mítico y de lo épico, respectivamente. Las visiones borgianas del tiempo eterno en sus **Ficciones**, el ir y venir del tiempo macondiano en los "Cien años de Soledad", los peregrinajes utópicos de Alejo Carpentier y los modelos socio-positivistas de Gallegos en **Doña Bárbara**, son fenómenos extraídos por el análisis de Fuentes, bajo esta óptica cuatritemática. Mariano Azuela, Cortázar, José Lezama Lima, Cabrera Infante, Díaz del Castillo, etc., también son encasillados bajo estos parámetros de la novela continental; épica, mítica, utópica y barroca. Y decimos continental porque también la novelística brasileña (Machado de Assis y su obra **Memoria póstumas de Brás Cubas**) y la norteamericana (Melville, Poe, Verne, Emerson Thoreau) son incluidas. Por Europa, y en una temática tan amplia como la que Fuentes escudriña, no pueden ser dejados de lado, y no lo son en efecto: Moro, Maquiavelo y Cervantes.

Por último, en cuanto a la obra de Fuentes, quisiéramos señalar la influencia que sobre dicho escritor ha ejercido en este texto, el *New Criticism* y el Estructuralismo -ya señalado-. En este orden de ideas, nos encontramos en esta obra con una cierta cantidad de neologismos y términos técnicos, propios de la vanguardia criticista de la literatura en Estados Unidos, tales como "isotopia, paideia, cronotopía, free speech, diacronía, round all, etc."

3.- Octavio Paz : **Pequeña crónica de grandes días**, Madrid, 1990; Ed..Mondadori.

Esta obra publicada en la capital española, en marzo de 1990, o sea, antes de que le fuera conferido el Premio Nobel en el mismo año, fue editada para los españoles con un tiraje de 11.000 ejemplares; en tanto que la edición para América Latina, a cargo del Fondo de Cultura Económica, de cuya sede también participa México, sólo contó con cuatro mil (4.000)ejemplares. Nos parece interesante resaltar esta información para hacer notar la presencia de un mercado hispano peninsular que consume con gusto, y hace tiempo, las obras de Paz. En efecto, Paz es bien conocido por su obra ensayística en España, en tanto que Fuentes apenas es conocido en este género -de la obra comentada de Fuentes: **Valiente Nuevo Mundo**, apenas se imprimieron cuatro mil ejemplares-.

Octavio Paz hizo carrera en las letras hispánicas partiendo del ensayo. De altísima calidad son consideradas sus obras que analizan el alma mexicana (**El laberinto de la soledad**, es buena muestra de ello); sus comentarios sobre Mallamé, Levy-Straus y T.S. Eliot son universales. En Octavio Paz, el hecho de que sus ensayos, los cuales aparecen en revistas y diarios frecuentemente, sean rean recopilados y editados como una sola obra no es nuevo. Desde 1941 (nacido en 1914), en que Paz escribió su primer ensayo, ha permanecido fiel a su estilo y a los problemas que le impelen a escribir. Leer a Octavio Paz en sus ensayos, sin apuros, abriendo el título que sea, es una reconfortante experiencia con la literatura, la historia, la psicología y la imaginación. El va tejiendo sus obras sin prisas, éllas no necesitan introducciones ni clímax, ni finales; constituyen entidades inacabadas e infinitas de reflexión para el lector; aceptarían fácilmente segundas partes. Su estilo es fresco, inconcluso; bocetos o borradores donde caben ampliaciones, revisiones, mejoras, aporte de nuevos datos; logra una exquisi-

ta relación e intimidad con el lector, preso por su elocuencia sencilla y sus giros ágiles y concretos; el diálogo nunca cesa. A pesar de su vocabulario un tanto sofisticado no es petulante y se disipa esta dificultad en un lector que haya seguido su trayectoria. Su lectura constituye, en definitiva, un viaje hacia un universo intelectual inmenso y apasionante.

Pequeña crónica de grandes días, título que parafrasea Paz de la obra de Quevedo -a quien apoda "el fundador de la literatura política en lengua castellana-, *Grandes anales de quince días*, es una colección de discursos que el autor ha pronunciado con motivo de diversas efemérides y en diversos actos en que el escritor ha sido reconocido y se le han entregado los múltiples premios a que se ha hecho merecedor por su obra. En casi todas estas ocasiones le ha tocado dirigir la palabra ante las variadas concurrencias, por tal motivo háse visto impelido a preparar discursos breves que constituyen piezas oratorias sobre diversos tópicos. Paz llama a estos escritos "*piezas de convicción*"; están escritos para persuadir y convencer, para denostar profundamente de aquellos hechos que le hacen rabiar, para fustigar a sus enemigos y los regímenes políticos que considera injustos o desfasados. Estos discursos están fechados, ubicados geográficamente, hecho que pudiera entenderse como la posibilidad de ir afinando ciertos conceptos, sobre la marcha del tiempo y de los acontecimientos. Los asuntos tocados en esta obra revistieron gran relevancia y contemporaneidad para la época en que fueron pronunciados como discursos; editados "*a posteriori*", han perdido cierta vigencia. Las reformas ideológicas, económicas y políticas de Mijail Gorbachov en la Unión Soviética -nada se sabía aún de los intentos fallidos de golpe ni de la múltiples expectativas que hoy se vislumbran en el otrora país rojo-, "*Glasnot*", "*perestroika*" y "*desarme*", son conceptos esgrimidos con mucho tacto por Octavio Paz en esta obra. Pero su preocupación no se queda en la universal consideración de lo que significó el derrumbe del muro de Berlín; también los

problemas políticos latinoamericanos, en especial su país, México, y su proceso democratizador -no olvidemos que hasta ahora ese país ha sido gobernado por un solo partido, El Prin.- llaman la atención de este insigne ensayista americano.

En contraste con estas posiciones y reflexiones de tinte político, presenta en su otro libro de ensayos, **La otra voz**, también editado en Madrid en 1990, pero por Seix-Barral, unos artículos y textos de corte eminentemente literarios. "*Ruptura y Convergencia*", uno de los títulos de estos ensayos; fue pronunciado por Paz con motivo de recibir el premio Alexis Tocqueville de Francia en 1989. Es un excelente trabajo que considera el tránsito del oficio literario desde la época del Romanticismo hasta la Modernidad. La obra incluye, además, títulos como "*Cuánta y Valta*", "*Balance y Pronóstico*" y el que da nombre al libro: "*La otra voz*": en ellos se reconforta el autor al afirmar que son escasos pero doctos los lectores de buena poesía y, que en ellos, a pesar de su número, estriba el porvenir de la cultura. De este pequeño libro de ensayos "*pazianos*", queremos reseñar uno que a nuestro criterio consideramos de una brillantez excelsa: "*Los pocos y los muchos*". Allí Paz discute, con mucho conocimiento del mundo editorial, del cual él forma parte, acerca del tiraje de la ediciones de **Hojas de Hierba** de Walt Whitman y de **The Wasted Land** de T. Elliot. Afirma Paz que contando todas la ediciones de dichas obras, el total de ejemplares de las mismas es irrisorio frente a la avalancha de los llamados "best-sellers", en donde la literatura no alcanza sus mejores logros. **Azul de Darío** y **Les Chantes de Maldoror** del excéntrico Conde de Lautreamont también son incluidas en las estadísticas que formula Paz. El oficio y la convicción por las letras, del ensayista mexicano, confieren una dignidad precisa a estos poetas avasallados por el capitalismo editorial, antagonistas eximios del proceso industrial de los siglos XVII y XVIII; señala Paz que estos poetas, al principio fueron mal negocio para el capitalismo editorial, pero que a la

postre, tarde o temprano, ellos adquirieron su bien reputada fama y prestigio universal. En efecto, un poema de Valle Inclán, de Juan Ramón Jiménez o de Neruda, logran alcanzar una imprescindible relevancia y marcan hitos en las generaciones posteriores, creando con éllo valores insospechados de conciencia e identidad en el mundo cultural. Este fenómeno hará variar las políticas editoriales de los "capos librereros" del mundo hispanoamericano con respecto a los poetas y escritores más insignes.

III. Diagnóstico y Perspectivas del Ensayo en America Latina.

El ensayo en nuestra geografía se presenta como un género vigoroso: se nutre de las más variadas fuentes y posee un mirada contemporánea. En efecto, nuestros ensayistas nos soslayan tema alguno: un fecundo cosmopolitismo enriquece su quehacer. Las *culturas exteriores* (las no latinas) no son extrañas en su análisis. Estados Unidos, Francia, Moscú y su entorno, Medio Oriente e India, Japón y China, junto a la cultura inglesa, con frecuencia son objeto de reflexión y de escritura por parte de los ensayistas latinoamericanos. Nuestra propia realidad, al igual que la aldea global que constituye hoy el mundo, en todos sus ámbitos: social, político, económico, filosófico, también es tema permanente de nuestro ensayo. Este género, en este fin de siglo y de milenio, puede mostrar perfectamente la dinámica que se vive en nuestras sociedades: sus ideologías, sus regímenes políticos, el arte que cultivan y sus problemas acuciantes. El género del ensayo muy bien pudiera fungir de gran espejo de lo que significa la experiencia vital en nuestro entorno, testigo presencial y privilegiado de nuestra historia, tal como lo pregonaba Vargas Llosa en sus obras.

Las letras latinoamericanas han ido abriendo espacios cada vez mayores en la literatura universal: sus temas son de

tanta actualidad como las de cualquier tradición literaria: sus principales elementos *-aríetes-*, dignos de reconocer, se ubican en el género de la poesía y actualmente, la novelística. El boom de la literatura latinoamericana ha arropado el mundo de la cultura universal, en especial la cultura occidental. No ha sido fácil este peregrinar ni este reconocimiento tardío a nuestros escritores latinos en los puestos más relevantes. Nuestros puntos de vista y la estética de nuestras obras, al decir de Octavio Paz, *por fin son considerados "contemporáneos" de los del resto de la humanidad.*

Los regímenes políticos que han azotado a nuestros países, a pesar de algunas censuras totalitarias que ya han desaparecido (Chile, Argentina, Brasil, Paraguay), no han sido óbice para el desarrollo del género reflexivo y crítico que en nuestros pensadores y escritores exacerba el prurito de publicar y difundir ideas, visiones, sueños y problemas. Nuestra cultura democrática y ancestros de viejo cuño español son permanentes acicates para la expresión libre y sin tapujos que Uslar Pietri esculpiera hace tiempo en nuestro país con su "pendejo" televisivo.

Las anteriores consideraciones nos llevan a formular algunas expectativas acerca del ensayo en nuestros países. Nuestra definitiva inserción en el mundo de las letras contemporáneas hará, sin duda, proliferar las temáticas de nuestros ensayistas. Temas como el post-modernismo, la debacle de las ideologías, las expectativas del tercer milenio y las consideraciones sobre el futuro de la humanidad y la conservación del planeta, serán caldo de cultivo para nuestras letras. Pasado el boom de la literatura latinoamericana en la narrativa, el ensayo se perfila como un género que reta a ser cultivado y que espera fecundos, múltiples y mejores exponentes. No queremos decir con esto que tal oficio otorgue tal notoriedad como la novelística y menos aún, que sus cultivadores puedan ganarse la vida escribiendo, al estilo de los grandes novelistas.

El ensayo que se avecina seguirá siendo libre, sugerente, menos académico, desenfadado y liberal. Sin embargo, la tendencia es la presencia de un género más flexible, combinado y mixto, posible de ser inserto en capítulos de novela o en rimas libres de versos reflexivos o críticos: hasta en sermones y discursos pudiera el ensayo hacer su presencia. El mercado del ensayista latinoamericano seguirá estando en revistas y periódicos: pero también en prólogos a libros, en consideraciones a las leyes y decretos. Escribirá ensayos aquel que sienta el gusto de escribirlos, de pensarlos y de difundirlos. Su tarea será la de “echar ideas al vuelo”, sin esperar que el cielo se oscurezca con ellas: tal labor no es obligante, más bien placentera. No se plantea al ensayista conquistar la realidad con la palabra, como apuntará Cortázar: sino conquistar la palabra, cultivarla y esculpirla como instrumento ineludible para “decir cosas” de cierta significación en su contexto o para la “aldea global”. Esgrimido así el oficio, el ensayo se presenta modestamente como una fotografía descriptiva; como un retrato, a veces retocado y otras, simplemente, verídico.

El ensayo es la opinión expresada coherentemente por escrito, acerca de un determinado tópico. En ese sentido es “funcional” y sirve, porque contribuye al análisis en intenta interpretar realidades, para las cuales, muchas veces, sugiere salidas. En ese ejercicio, nuestro pasado, nuestra identidad y nuestra “quididad”, son obligados goznes, bisagras a ser armadas y reconstruídas. Tal vez no haya, en esta época, tarea más obligante para los ensayistas latinoamericanos que la de escudriñarnos a nosotros mismos, diferenciarnos de otros pueblos, para la inmensa fragua que se cierne sobre la humanidad: *ser vecinos del planeta*. La plena afirmación de cada uno de nuestros rasgos continentales hará más provechosa la simbiosis. La sinceridad con que se acometa esta ardua investigación no nos exime de reconocer nuestros defectos y culpas. El enriquecimiento del acervo cultural de la humanidad parte del hecho

aceptado de que cada pueblo y raza tiene una peculiar experiencia vital, la cual debe ser puesta a la consideración y "a prueba". Esta labor recae en manos de aquellos que saben poner por escrito, mediante el control de la técnica escritural -el ensayo como el más ágil y versátil de todas-, tales vivencias. El ensayista no busca ni pretende un público erudito sino un lector humano que fácilmente interpreta y entiende problemas de la vida cotidiana. Indagar la tradición, interpretar el presente y avizorar el futuro; he aquí tres rieles, posibles vías.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES, Carlos: **Valiente Nuevo mundo**, Madrid, 1990; Fondo de Cultura Económica.

PAZ, Octavio (1990) - **La Otra Voz**, Madrid, 1990, Editorial Seix-Barral

Pequeña Crónica de grandes días, Madrid, 1990, Editorial Mondadori.

VARGASLLOSA, Mario: **La Verdad de las Mentiras**, Madrid, 1990, Editorial Seix-Barral.

HEMEROGRAFIA

STAVANS, Ilan: "*Situación del Ensayo en A.L.*" en *El Nacional*, (24-03-91) papel literario, pps: 4-5.